

*Betty J. Meggers**

**EL VERDADERO
SIGNIFICADO DE
EL DORADO****

* Research Associate, Smithsonian Institution, Washington, D.C.

** Disertación presentada en el Simposio "Raíces del Pasado" por el Quinto Centenario, Septiembre 23, 1988, Smithsonian Institution.

El año 1992 marcó el quinto centenario del descubrimiento por parte de los europeos de un vasto territorio más allá del horizonte occidental, el cual desde su perspectiva constituyó un "Nuevo Mundo". Siendo así, sus tierras y recursos no tenían dueños, sus dirigentes no tenían legitimidad y sus habitantes no tenían derechos. Con la ventaja de prácticas y valores más agresivos en lo tecnológico, social, político, económico y religioso, ellos precipitaron una confrontación brutal de escala sin igual entre formas de vida ajenos que sigue trastornando la armonía del hemisferio.

Antes de 1492, los habitantes de lo que se convirtió en el “Viejo Mundo” han permanecido interconectadas después de que emergió y se esparció nuestra especie desde África hacia el norte. Durante los milenios siguientes, invenciones y descubrimientos se difundieron a través de fronteras lingüísticas, étnicas y culturales, proveyendo una fundación común entre las comunidades de África, Europa y Asia, aunque muchos se ignoraban uno al otro. Después de la adopción de la agricultura y el surgimiento de estados e imperios en el Cercano y Lejano Oriente hace unos seis milenios, los intercambios locales y redes de comercio informales fueron oscurecidos por correrías y guerras para obtener territorios y mercancías. En el Occidente, los egipcios y los árabes enviaron expediciones militares y comerciales al África tropical y los romanos se expandieron hacia el norte de Europa. En el lado opuesto del continente euroasiático, los barcos mercantes chinos llegaron a la India y la influencia India se extendió a través de la península

malaya dentro de Indonesia. Las esferas culturales oriental y occidental fueron informalmente unidas mucho antes de que Marco Polo viajara a China y regresara a Europa con informes de sus maravillas. Irónicamente, el deseo para facilitar e intensificar el comercio fue lo que permitió el “descubrimiento de América”.

Este descubrimiento juntó a poblaciones que habían permanecido separadas durante 20 milenios o más, cuando los primeros inmigrantes del noreste de Asia cruzaron el estrecho de Bering. Por cerca de 13.000 años, sus descendientes se habían esparcido por todo el hemisferio. Con el paso del tiempo, el desarrollo cultural siguió un curso similar al del Viejo Mundo. Se domesticaron las plantas, emergieron los estados e imperios y se cristalizaron dos centros mayores, uno en Mesoamérica y el otro en los Andes Centrales. Ellos también intercambiaron inventos y descubrimientos, aunque los mecanismos pudieron haber sido menos

formales que en el Viejo Mundo.

Antes de 1492, las Américas estuvieron casi completamente aisladas de Eurasia. Los vikingos colonizaron El Labrador unos pocos siglos antes, pero su impacto en las poblaciones indígenas fue efímero. Mesoamérica y el norte de Sudamérica recibieron visitantes transpacíficos intermitentes, los cuales aparentemente introdujeron inventos, rituales, arte, arquitectura y otros elementos exóticos, pero fueron demasiado pocos para dominar los sistemas políticos indígenas y demasiado tiempo en viaje para transmitir enfermedades contagiosas.

Por el siglo XV, Europa y América habían desarrollado ideologías distintas e incompatibles. Mientras los americanos se consideraron como parte de su medio ambiente; los europeos se consideraron como su dueño. El contraste fue aparente desde el inicio del contacto y colocó el escenario para el desastre. En una carta con fecha

de 15 de febrero de 1493, Colón informó que los habitantes de Hispaniola y Cuba fueron “tan generosos con lo que ellos poseían que nadie que no lo haya visto podría creerlo. Ellos regalan todo lo que pueden tener, nunca rechazan nada que se les haya pedido” (Smith 1962). Los europeos respondieron apropiándose de la tierra, esclavizando a la gente y forzando la adopción de la cristiandad.

Algunos de los invasores quedaron impresionados con lo que vieron, entre ellos Bernal Díaz del Castillo, quien escribió sobre la gran ciudad azteca de Tenochtitlán que “aquellos quienes habían estado en Roma y Constantinopla dijeron, que por conveniencia, regularidad y población, ellos nunca habían visto igual (1927:178). Los españoles lo demolieron en unos pocos años. Los Incas construyeron paredes de piedra que fueron más finas de cualquier existente en Roma y tejieron textiles con hilos más delicados de los que pudieron fabricar en Europa. Las amenidades disfrutadas por la clase baja impresio-

naron a los conquistadores, quienes provenían principalmente de una clase social similar y el sistema social incaica sirvió de modelo para la “utopía” de Thomas Moro. Todo lo demás fue oscurecido por el oro; lo que estaba disponible en cantidades fuera de los sueños más extravagantes de los invasores. Para conseguirlo, ellos engañaron, mintieron, saquearon, asesinaron, esclavizaron y destruyeron caprichosamente. Los grupos indígenas que sobrevivieron a este abuso físico o que también vivieron demasiado lejos para experimentarlo directamente, fueron diezmados por la guerra bacteriológica más masiva jamás perpetrada.

Los tesoros fabulosos de México y Perú fueron pronto agotados, pero la sed de oro permaneció inextinguida. Los rumores de El Dorado empezaron a circular durante los primeros encuentros en las Antillas y fueron difundidos por los explotadores subsecuentes. En el siglo XVI, Walter Raleigh escribió: “El imperio de Guiana ...tiene más oro que en cual-

quier parte del Perú y igual número o más ciudades grandiosas. Me han asegurado los españoles que han visto Manoa la ciudad imperial de Guiana a la cual los españoles llaman El Dorado, que por la grandiosidad, por la riqueza y por la excelente ubicación, este excede en mucho a cualquier lugar del mundo por lo menos de este mundo conocido por la nación española” (1811: 123). Queda como una pregunta abierta, si los españoles tuvieron un motivo ulterior en hacer esta denuncia. Desde entonces, incontables exploradores han buscado en vano. Sin embargo, los rumores de El Dorado aún persisten. En febrero de 1989, yo recibí una carta de un grupo de exploradores residentes en Manaus, sosteniendo haber ubicado el Lago Parima, donde los incas obtuvieron su oro, e invitando a nuestro “renombrado Instituto” a verificar su hallazgo.

La búsqueda continua de El Dorado sería meramente una locura divertida si esta no reflejara un conjunto de actitudes europeas que siguen enfrentán-

dose con las prácticas y creencias indígenas. Nosotros consideramos a la tierra que no ocupamos sin dueño, los valores que no sostenemos como inmorales, los sistemas sociales que no concuerdan con nuestras metas como aborrecidos y las tecnologías más sencillas que las nuestras como inefectivas. Si El Dorado es un mito, ¿son otras creencias nuestras igualmente irrealistas? ¿Hay cosas más importantes que el oro? Una inspección aún superficial de los ingredientes de la vida moderna sugiere que si los hay.

Siendo descendiente de europeos del norte, a menudo me ha asombrado de lo insípido de la dieta de mis ancestros. Ellos no tenían maíz, papas, frijoles, calabazas, tomates, ají, maní y chocolate. ¿Cual de nosotros se puede imaginar la carne sin papas fritas, paseos al campo sin chifles de papa y sin sandía, perros calientes sin salsa de tomate, o asistir al cine sin palomitas de maíz? ¿Se puede imaginar una vida sin dulces de chocolate? Considere los usos múltiples del caucho, las vidas

salvadas por la quinina, las ramificaciones sociales, económicas y médicas del tabaco y la cocaína. Estos y otros productos han generado industrias multinacionales y han afectado las vidas de poblaciones alrededor del planeta tan drásticamente que olvidamos que fueron desconocidas afuera de las Américas hace 500 años. Todo el oro en El Dorado nunca podría igualar su impacto.

Muchas de las introducciones del Viejo Mundo a las Américas tuvieron impactos igualmente significativos. Los campos de trigo en regiones templadas y las plantaciones de caña de azúcar en los trópicos transformaron paisajes y crearon órdenes sociales nuevas. Cantidades incalculables de coraje y crueldad, generosidad y avaricia o codicia, deleite y depresión, satisfacción y sufrimiento hicieron posible para que nosotros disfrutemos de los placeres triviales, tales como los sánduches de mantequilla de maní y las barras de chocolate.

Hasta hace poco, todo parecía estar caminando bien. Te-

níamos el planeta bajo control y estuvimos soportando simultáneamente más seres humanos de que hayan existido desde que se originó nuestra especie. De repente, sin embargo, nuestro dominio es amenazado. El hambre, la polución, las epidemias, la violencia, la pobreza, el crimen, el genocidio y la revolución social hacen los encabezados diariamente. A pesar de las advertencias de los ecólogos del próximo desastre medioambiental, previsto por inundaciones, sequías, ventiscas, huracanes y tornados cada vez más frecuentes y devastadores; seguimos adherentes al mito de El Dorado. Perseguir un sueño es más satisfactorio que enfrentar la realidad porque enfrentar la realidad nos obliga a reconocer que aún necesitamos de este planeta, el planeta no necesita de nosotros.

La gente que encontró a Colón, las autoridades del Imperio Inca y la mayoría de los otros americanos nativos se consideraron parte del orden natural. Ellos habían acumulado abundantes conocimientos

ecológicos que lo aplicaron consciente e inconscientemente para maximizar la productividad a largo plazo de sus medioambientes. Tal fue su éxito que el aire, la tierra y el agua de este hemisferio permanecieron tan puros después de 20 milenios de explotación como cuando llegaron sus ancestros. Entre las regiones que ellos manejaron exitosamente estaba el bosque tropical lluvioso, la localidad de El Dorado. Desde que nosotros tradicionalmente equiparamos el nudismo con la ignorancia y la ausencia de bienes materiales con pobreza, solo nos ha ocurrido recientemente, que los primeros americanos podrían saber algo que nosotros no sabemos. Su conocimiento de plantas comestibles nos parece especialmente asombroso, considerando que muchos de nosotros no podemos identificar todos los productos disponibles en el supermercado local.

Los Tembé del sureste amazónico, en una hectárea de bosque identificaron 138 especies de árboles, 15 especies de vides, todo los cuales fueron

utilizados para comida, golosina, madera, fibra, armas, utensilios, medicinas, magia, ornamentos, pintura, aceite, repelente o comercio (Baleé 1987). Un grupo de Yanomamis del sur de Venezuela ha puesto nombres a 328 plantas silvestres y 85 plantas cultivadas. Ellos hicieron uso del 57% de aquello y emplearon su conocimiento de la asociación de plantas y animales para mejorar su éxito en la cacería (Lizot 1978). Dos poblaciones Jíbaras en el borde limítrofe entre Ecuador y Perú han dado nombres para el 80% de las 110 especies de animales, casi 300 especies de pájaros, dos especies de reptiles y 250 clases de invertebrados en su habitat. La mayor parte de sus distinciones concuerdan con nuestra taxonomía científica (Berlín y Berlín 1983: 306).

El conocimiento de los cultivos tropicales es igualmente detallado. Los Kuikuru del alto Xingu reconocen 46 variedades de yuca amarga (Carneiro 1983: 99). Los Desana del oriente de Colombia cultivan unas 400 clases de plantas, incluyendo 40

variedades de yuca amarga y dulce (Kerr y Clement 1980). Los Kayapó del sureste amazónico cultivan 22 variedades de papa dulce (*Ipomea*), 21 variedades de cará (*Dioscorea* sp.), 12 variedades de maíz, 13 variedades de plátano, y 41 especies de frutas (Kerr y Posey 1984). Los requerimientos diferidos de estas variedades transforman el mosaico de las combinaciones locales de suelo, drenaje, caída de lluvia, luz solar, y otras variables medio ambientales de una desventaja a una ventaja (Kerr y Clement 1980:254).

Observaciones agudas de las interacciones entre plantas y animales se reflejan en medidas intencionales e inintencionales para una explotación sostenible a largo plazo. Los Tukano del oriente de Colombia emplean procedimientos que minimizan la degradación irreversible de las poblaciones de peces (Chernela 1987). Los Yekuna del sur de Venezuela aseguran un constante abastecimiento de caza mediante la rotación de áreas de cacería y pesca (Sponsel 1986:20). Los Kayapó aplican su

conocimiento del comportamiento de los insectos para proteger sus cultivos de cualquier daño, su conocimiento de los suelos para maximizar las cosechas y su conocimiento de asociaciones de plantas para mejorar la productividad de los alimentos silvestres (Posey 1987). Las prácticas adaptativas son reforzadas por mitos, rituales e ideologías (Johnson y Baksh 1987 y Von Hildebrand 1987) y codificadas en reglas de comportamiento social y económico, con el resultado que las densidades poblacionales se mantienen en niveles compatibles con la capacidad de carga del medio ambiente.

El quinto centenario provee la oportunidad para comparar nuestra admiración del hemisferio occidental con aquel de la primera ola de inmigrantes. Nuestras transformaciones son más obvias, pero pueden ser menos duraderas. Las paredes incas construidas hace 500 años permanecen intocadas por los terremotos que han derribado nuestros edificios. Las prácticas agrícolas de los indígenas ama-

zónicos han enriquecido el ecosistema, mientras que las nuestras están destruyéndola. Los cazadores-recolectores del occidente norteamericano manejaron los bosques controlando los incendios, impidiendo la conflagraciones masivas que experimentamos cada verano. Estos contrastes reflejan diferentes niveles de entendimiento de los procesos naturales, los cuales generalmente son más complicados de lo que nosotros suponemos.

Uno de mis ejemplos preferidos de esta complejidad viene del lago-desembocadura del bajo Tapajós, un tributario del Medio Amazonas, donde la manzanza de caimanes disminuyó en vez de aumentar la abundancia de peces, su comida principal. El análisis indicó que el agua es deficiente en los nutrientes esenciales para la producción de algas y phytoplankton, que forman la base de la cadena alimenticia acuática. Las algas y phytoplankton, son ingestados por larvas y zooplankton; éstos a su vez son consumidos por los peces, los cuales son

comidos por los caimanes, tortugas y mamíferos acuáticos. Las excreciones de estos depredadores devuelven los nutrientes al agua para ser reciclados por las algas y phytoplankton. Así, al contrario a nuestra lógica, un número mayor de grandes depredadores aumenta en vez de disminuir la abundancia de peces (Fittkau 1970).

De acuerdo al crecimiento de nuestro entendimiento de los métodos de explotación indígena, se vuelve cada vez más aparente que lo que consideramos una subutilización a menudo representa una adaptación exitosa a largo plazo. Las plantas silvestres utilizadas por los amazónicos nativos contienen más clases de compuestos químicos potencialmente valiosos que los que podemos descubrir por síntesis en nuestros laboratorios y sus cultivos proveen un estancamiento de genes para aumentar la productividad de nuestras cosechas. Las poblaciones amazónicas no son únicas en la profundidad de sus conocimientos ecológicos, pero la naturaleza excepcional del medioambiente

del bosque tropical lluvioso hace especialmente relevante su información para diseñar formas sostenibles de una explotación más intensiva.

Muchas de las semillas, en forma literal como figurativa, que fueron desarrolladas y cultivadas por los americanos originales se han mantenido inactivas durante los últimos cinco siglos. Afortunadamente, algunas permanecen viables. Si podemos resucitar y propagarlas, podremos finalmente descubrir el verdadero significado de El Dorado.

BIBLIOGRAFIA CITADA

- Baleé, William
1987 A etnobotánica quantitativa dos índios Tembé (Rio Gurupí, Pará), Boletim do Museu Paraense Emílio Goeldi, Série Botânica 3:29-50).
- Berlin, Brent and Elois A Berlin
1983 Adaptation and ethnozoological classification: theoretical implications of animal resources and diet of the Aguaruna and Huambisa. In: Adaptive Responses of Native Amazonians, R. B. Hames and W. T. Vickers, eds., pp. 301-315. New York, Academic Press.

- Carneiro, Robert L.
1983 The cultivation of manioc among the Kuikuru of the Upper Xingu. In: *Adaptive Responses of Native Amazonians*, R. B. Hames and W. T. Vickers, eds. pp. 65-111. New York, Academic Press.
- Chernela, Janet
1987 *Endangered ideologies: Tukano fishing taboos*. *Cultural Survival Quarterly* 11:50-52.
- Díaz del Castillo, Bernal
1927 *The True History of the Conquest of Mexico*. New York, Robert M. McBride.
- Fittkau, E.J.
1970 Role of caimans in the nutrients regime of mouth lakes of Amazon affluents (an hypothesis). *Biotropica* 2:138-142.
- Johnson, Allen and Michael Baksh
1987 Ecological and structural influences on the properties of wild foods in the diets of two Machiguenga communities. In: *Food and Evolution*, Marvin Harris and Eric Ross, eds., pp. 387-405. Philadelphia, Temple University Press.
- Kerr, Warwick E. and Charles R. Clement
1980 Práticas agrícolas de consequências que possibilitaram aos índios da Amazônia uma melhor adaptacao as condicoes ecológicas da região. *Acta Amazónica* 10:251-261.
- Lizot, Jacques
1978 *Connaissance et usage des plantes sauvages chez les Yanomami*. In: *Unidad y Variedad*, Erika Wagner and Alberta Zucchi, eds., pp. 129-171, Caracas, IVIC.
- Posey, Darrel A.
1987 *Etnologia e ciência de folk: sua importancia para a Amazônia*. In: *Homem e Natureza na Amazônia*, G. Kohlepp and A. Schrader, eds., pp. 95-108. Tübinguer Geographische Studien 95.
- Raleigh, Walter
1811 *The discoverie of the large, rich and beautifull empire of Guiana, with a relation of the great and golden cities of Manoa (which the Spaniards call El Dorado)... Performed in the yeere 1595...* Hakluyt's Collection of the Early Voyages, Travels, and Discoveries, of the English Nation: 4:115-156. London, Hakluyt Society.
- Smith, Bradley
1962 *Columbus in the New World*. New York, Doubleday.
- Sponsel, Leslie E.
1986 *La cacería de los Yekuna bajo una perspectiva ecológica*. Caracas, Universidad Católica Andrés Bello.
- Von Hildebrand, Martin
1987 *Hombre y naturaleza: una interpretación indígena del ecosistema amazónico*. In: *Homem e Natureza na Amazônia*, G. Kohlepp and A. Schrader, eds., pp. 125-139. Tübinger Geographische Studien 95.